

El jardín del rey (16-03-05)

Javier Seguí

El inalcanzable Jardín de Boabdil. Boabdil...

Estaba seguro que había escrito algo acerca de esta impresión aparecida en Granada en conversación con Miguel G. Lison. Miguel y yo teníamos la costumbre de jugar a inventar historias con la técnica de los cadáveres exquisitos, acumulando argumentaciones insólitas alrededor de un tema cualquiera, hasta alcanzar el guión de una posible narración. En Granada estuvimos jugando a pensar la Alhambra como fantástico jardín que Boabdil no era capaz de visitar, aunque lo vigilara constantemente desde los huecos de su palacio y a través de las noticias de los cientos de jardineros que se ocupaban con extrema diligencia de mantenerlo.

Se nos ocurrió que era conmovedor pensar en un rey instalado en medio de un exuberante paraíso del que disfrutaba únicamente a través de los informes de sus siervos y de los relatos insólitos de sus invitados. Un rey enfermo, temeroso de algún maléfico contagio o traición, que no era capaz de salir a su jardín aunque sabía que era su más preciada posesión, el entorno que enmarcaba sin ninguna duda la evidencia de su grandeza.

El rey recordaba su posesión como el ámbito intensificado de olores y sombras donde pasó su infancia, a veces solo, vigilado de lejos por sus cuidadores y, a veces, las menos, acompañado de otros muchachos que soportaban sin rechistar sus caprichosos abusos.

Recordaba su jardín con todo detalle como un cosmos condensado cruzado por caminos que llevaban a otros singulares y a escondrijos insondables, atravesando cursos de agua, praderas, macizos de flores y bosquetes, entre mirtos, cipreses, arrayanes y naranjos. Podía recordar con total precisión el juego de las luces reflejadas en los estanques y en las flores, la llegada de los amaneceres y los ocasos en cada estación y, sobre todo, los olores en cada paraje de aquel Edén sumergido cíclicamente en los momentos de cada día, en cada época del año.

Estábamos seguros que también recordaría las primeras visiones de la desnudez femenina y los primeros contactos con su propio cuerpo en el ambiente pegajoso y melancólico de los anocheceres en el estío.

Pero lo importante era que, desde que empezó a ser rey, nunca más volvió a poner el pie en esos parajes, aunque los espiera siempre que podía desde las ventanas de palacio hasta donde llegaba su visión.

No podía pisar su propiedad y, sin embargo, era lo único que le interesaba. Quizás pensaba que solo podría volver a pasear desocupado, entre fuentes y flores, cuando no fuera rey o, cuando ya muerto, su jardín, transmutado en Paraíso, lo acogiera como a los pájaros que siempre abrigaba.

Miguel aseguraba que no estaba del todo conforme con la personalidad "real" que nos iba quedando, como si no quisiera concluir aquel juego que absorbía toda nuestra excitación entre las tediosas sesiones del congreso a que asistíamos.

Yo quedé en escribir lo que habíamos maquinado y enviarlo a Barcelona. Y he creído que lo había hecho hasta que, tras mucho buscar, no he encontrado ninguna evidencia de ningún texto mío con este contenido. Entre tanto, Miguel ha muerto. La tensión de su ausencia me lleva ahora a elaborar este homenaje que puede ser la repetición de un texto de otro tiempo del que solo tengo nostalgia.